

porque hablamos sólo existe en nuestra aspiración. No lo creemos así. El país ha estado sumido en la servidumbre impuesta por el culto al grande hombre criollo, Esa servidumbre es cosa tremenda, pero de ella se han salvado muchos espíritus que pueden mirar el gobierno como una función altísima. Son estos espíritus los que tenemos presentes cuando pedimos el advenimiento de la gente nueva. Mentira que sea todo un páramo. Así piensa el subordinado, el abúlico, el que padece la influencia del proselitismo. Pero hagamos que penetre una nueva conciencia en cada uno de estos mutilados. Volvamos el pensamiento a otros pueblos. Reflexionemos en España cuando ésta alborea y la escudan sus mejores vidas. El mal grande sería agazaparnos y seguir viviendo la indiferencia por las cosas de la patria. Es preciso trabajar con el ánimo dispuesto a la lucha que culminará en un advenimiento serio y real. No nos acobardemos. Meditemos en los males tan grandes de un pueblo cansado, dolido de que se vuelva cada vez con más empeño al régimen de la rutina, pero quieto y sin deseos de dar la batalla decisiva.

Llenémosnos de la severidad de los que condenan el gobierno de la gente vieja en pueblos que han vivido siglos de atraso y de miseria. No tenemos por detrás esa historia larga, pero no debemos tampoco esperarla, ni prepararla con nuestra indiferencia y nuestras inconsciencia. Si Bello siente que los males de España vienen de los personajes viejos entronizados en el gobierno de su país, el deber nuestro es reflexionar y buscar también la causa de nuestros males. Naturalmente que no estamos en la misma condición de España, pero lo que allá hicieron unos hombres cansados y llenos de la ideología pasada, tan pasada que se desmoronó, lo hacen en menor escala otros hombres a quienes la superstición alza y quiere dar poder. Para Bello esos hombres son metal gastado del cual dice: "Fundido en el crisol todo este hierro viejo no daría una lágrima de metal noble". En estos pueblos abunda igualmente ese metal moldeando fachadas vistosas. La tarea saludable consistiría en recogerlo todo y darle como reposo final una zona de respeto simplemente.

¿Pero quiénes imponen esta tarea? ¿En dónde como en España los Luis Bello que salgan en una cruzada que redima? Es necesariamente obra reservada al sacrificio de la gente nueva. Lo que necesitamos es difundir aliento, que ideas no faltan. Por eso hemos comentado con ardor el pensamiento severo de Luis Bello, del educador grande y visionario. Léanlo todos los que viven bajo la influencia del miedo, de cierta servidumbre en que los ha tiranizado la superstición del grande hombre. Bello tiene de hermoso en su lucha que no vacila, porque es ante todo educador y sabe que a su pueblo, para redimirlo, hay que hablarle con justicia. Aprendamos de él esa justi-

cia y salgamos a batallar por el advenimiento de la gente nueva. Es claro suponer que estamos también expuestos a la agresión de la gente vieja, como reacción a la osadía contra sus prestigios y sus saberes. Pero triunfaremos si nada nos apoca, si salimos con una conciencia fuerte. Lo que precisa es no vivir en ese sopor, no dejar que con nuestro consentimiento el gobierno del país siga enfermo de rutina y de regresión. La lucha es grande, tanto por la majestad que entraña, como por el coraje que hay que sacarse del alma para acabar con la superstición enquistada en el país. Luis Bello compara esos hombres viejos con barcos condenados al desguace, pero que siguen navegando y "obtienen exclu-

sivas y acaparan los mejores contratos". Y termina con estas palabras dignas de la más grande reflexión: "Todo en uso, apurando el servicio, cobrándolo bien, como si fuera material moderno, equipándolo, artillándolo, enarbolando en cualquiera la insignia de almirante, y disponiéndose a seguir en campaña hasta que materialmente lo echemos a pique".

Pues bien, allí está nuestra gran tarea: echar a pique por proa o por popa a tanto barco viejo que no se ancla para hundirse, sino para seguir conquistando poder, para estorbar, para hacer que el país retroceda y apague su brillo. A echar a pique, a preparar la voladura de esos cascos carcomidos.

Juan del Camino

Cartago y Mayo del 31.

Persiflage

Un cuento sirio libanés

= Colaboración directa =

Para el Licenciado don Alejandro Alvarado Quirós, hombre de seda, a sabiendas de que la seda es la tela más fuerte, y por eso.

Y déle que es tarde con la necesidad de que yo no soy yo sino tal o cual otro escritor, siempre alguien que ni en Heredia reside; porque me buscan en Heredia quienes no me conocen, y no dan conmigo. Pese a lo cual, salvo una que otra vez, en Heredia me paso los días y las noches, y, si de Heredia salgo, a Heredia vuelvo, y fuera de Heredia no sabría cómo vivir. En Heredia me encuentran mis amigos. Entre éstos, los más de mi agrado, como grupo, como clase, son quizás los vendedores ambulantes: turcos, alemanes, un francés, dos italianos, un yanqui la mar de divertido. Aquellos alemanes que vendían agujas para bordar en cambrai con hilo grueso de lana de color, habían estado en Bönn, se sabían de memoria largos trozos de Nietzsche, cantaban música de Bach y de Brahms. El francés era (y digo era porque hace tiempo que no le veo) el menos interesante de todos: creía que le bastaba con ser francés para ser superior: los franceses son los yanquis de ayer: el pueblo, ayer, más ensimismado de la tierra. De los italianos haré artículo especial: todo italiano es un genio, y los hay para el bien, y los hay para el mal. Ahora hablaré de los turcos.

Mi turco favorito no es precisamente turco sino sirio libanés. ¡Lo que ha viajado! ¡Lo que conoce! ¡Lo que le ha enseñado el mundo! ¡Y lo bien que sabe vivir, y el maravilloso don de voluptuosidad que posee, y la amplitud con que goza de todos sus sentidos! Nunca me vende nada sin abrillantar su mercancía con la pátina de un cuento. Una vez era un regalo de Navidad lo que me ofrecía.

«Baisano», me dijo, «el mundo es beguño. Hace un año estaba donde nació el Redentor.» Y soltó el cuento con que me hizo comprar una reliquia falsa.

Las eses las pronuncia a la manera

de los sefarditas de Salonika que conservan la antigua pronunciación española. Yo tenía un amigo judío, que murió en el Guanacaste, venido de los Dardanelos; me enseñó romances del siglo xv que le había enseñado su madre. Las dees las dice mi sirio libanés como la *th* inglesa de la palabra *though*, un suave sonido que se obtiene pronunciando la *dé* con la punta de la lengua entre los dientes. Me encanta oír a mi sirio libanés.

Una vez, el gallego de nuestro círculo echó una de esas gallegadas sacrilegas que llenan la boca y suenan a trueno. El sirio libanés se santiguó piadosamente. «Baisano», me dijo después, «en mi dierra al gue diga eso le gordan la lengua». Las pees las pronuncia bees, las cees gees, las tees dees.

En nuestra ignorancia llamamos turcos a los sirios libaneses, y nos imaginamos de ellos que son, o eunucos fugitivos, o señores sensuales de harén. La verdad es que son gente buena, sencilla, religiosa, profundamente católica. Éste, particularmente, es de una religiosidad insondable. Algo de malevolencia para con los protestantes tiene este cuento suyo con que me hizo reír toda una tarde y comprarle un reloj viejo. Ese algo de malevolencia para con los protestantes demuestra, ¿verdad?, lo buen católico que es. El buen católico no es malo con los protestantes, pero sí burlón. El buen católico de ningún modo puede tomar en serio el protestantismo. Algo se ha avanzado en los últimos siglos. Dígase lo que se quiera, es de preferirse una sonrisilla a una hoguera.

Es el caso que un día de junio de 1907 recibí órdenes sagradas, en un Seminario Teológico norteamericano (norteamericano, dice mi sirio libanés) el milder Domas Dómlinson (Mr. Thomas Thomlinson), y, apenas ordenado, obtuvo en-